

LA FUENTE



ÀURIA G. GALCERÁN

LA FUENTE



«Estad atentos: este cuento os mostrará como es la naturaleza
si vosotros la cuidáis»

Cuento recogido por las escuelas Waldorf



Las sílfides son unos seres que viven en el aire,
en los bosques y en los campos.

Tienen unas alas transparentes y vuelan entre los rayos del sol.
Sin embargo, si un día llueve, caen al suelo
y no vuelven a levantarse hasta que sus alas se secan.

Una vez, en una tormenta de otoño,
muchas de estas sílfides perdieron sus alas:
se deshicieron con el agua y el viento que soplaba.

Luego, con la lluvia torrencial, las sílfides se convirtieron en gotitas,
y fueron deslizándose por las grietas de una montaña.

Estaban tan cansadas que se durmieron.

Entonces, se olvidaron de todo lo que habían aprendido con los años.



Al despertarse, todo era oscuro a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —se preguntaron.

De repente, una voz muy alegre les dijo:

—¡No tengáis miedo! Yo estoy aquí y os cuidaré.

Estas palabras las pronunció una ondina, un ser del agua.

La ondina llevaba un vestido verde y tenía un cabello tan largo que le cubría el cuerpo. Tenía la cara blanca, y su expresión era muy dulce.

Un gnomo que tallaba un cristal también se añadió a la conversación:

—¿De dónde venís, vosotras?

—No lo sabemos.

—¡Yo sé de dónde venís! —dijo la ondina—. Venid conmigo. Os llevaré sobre mi hoja de rosal por los rincones más escondidos de esta gran montaña. ¡Quiero enseñároslo todo!

Deslizándose por las rocas, llegaron a una cueva
donde unos gnomos trabajaban las piedras preciosas.
Los cristales de colores relucían entre las rocas
como las flores en medio de un prado.
Los gnomos, amablemente, las invitaron a degustar todas las piedras.

—Esto es cuarzo rosa —explicó el pequeño gnomo.

—¿Y cuál es ésta? ¡Sabe a pera! —le dijo una gotita.

—No es nada extraño —respondió el gnomo—.
Es pirita, que contiene hierro y azufre.

De esta manera, las gotitas de agua iban recibiendo los dones
de todas las piedras e iban descubriendo el sentido del gusto.



Más tarde se detuvieron en otra gran cueva.
Allí, debajo de la tierra, vivían y trabajaban muchos gnomos,
sílfides y ondinas.

Las paredes estaban llenas de dibujos de flores.

—¡Estos serán los nuevos modelos de flores!

—dijeron las sílfides, alegres.

Algunos gnomos hilaban filamentos
para reforzar las puntas de las raíces de las plantas.

En otro lado, había un grupo de sílfides y sílfos sentados;
estaban muy atentos porque un gnomo les leía un gran libro de piedra.

Las gotitas se maravillaban cada vez más:
¡los gnomos podían leer y entender las piedras!

Después de esta experiencia,
las gotitas de agua se sentían llenas de vida.
Y, acompañadas por la ondina, fueron subiendo por el musgo y las piedras
hasta una grieta por donde entraba la luz exterior.
Allí estaban los otros seres que también querían salir:
silfos, ondinas, salamandras... Había llegado el momento.

Las gotitas de agua, muy agradecidas,
se preparaban para salir cuando el gnomo les dijo:

—Aquí, en la montaña, habéis aprendido muchas cosas.
Yo me quedo aquí esperando vuestro regreso.

—¿Y nuestras alas? —preguntaron las gotitas de agua, impacientes.

—¡Esperad! Cada cosa en su momento.

Una de las gotitas empezó a sollozar con gran pena.

Un silfo le preguntó qué le pasaba,
pero como lloraba cada vez más fuerte,
otros silfos y ondinas se aproximaron a ella para consolarla.

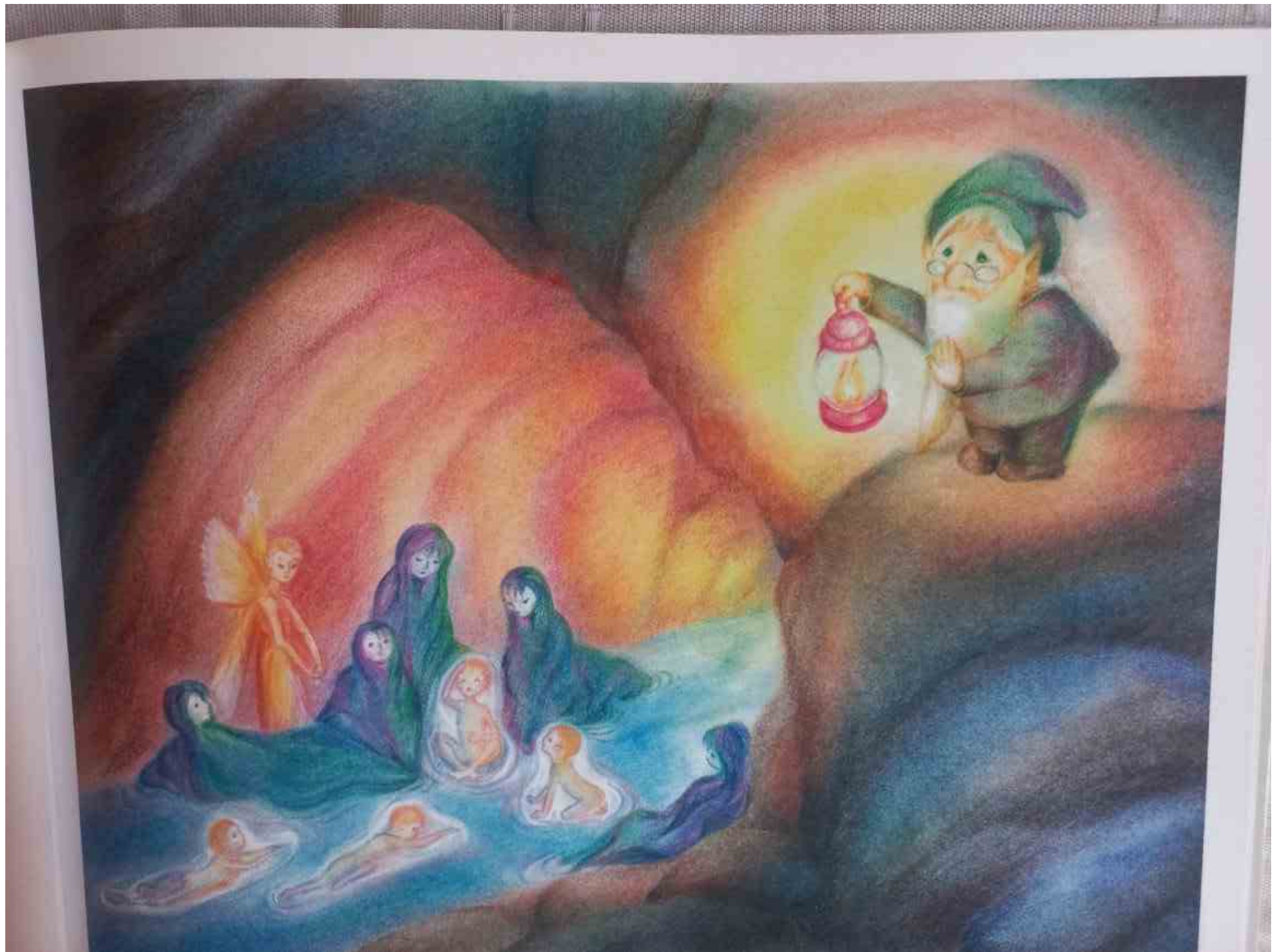
—¡Cuando he visto las doradas alas de los silfos y las sílfides,
me he acordado de que hace un tiempo yo también tenía alas y podía volar!

Al oír esas palabras, las demás gotitas también empezaron a llorar.

—¡No volveremos a ver el sol nunca más,
y tampoco podremos volar por el cielo azul y soleado! —se lamentaban.

—¡Esperad! —respondió un gnomo anciano y muy sabio—.
Todo lleva su tiempo, tened paciencia.

Y así fue como las gotitas, más tranquilas, continuaron su viaje.



El gnomo escuchó su canto mientras se alejaban de la montaña.
Sabía que el agua continuaría su viaje hasta desembocar en el mar,
y allí, cuando hiciera un día cálido,
las gotitas de agua podrían utilizar sus alas y volar por el aire hacia el cielo.

Quizás algún día quedarían atrapadas en una nube
y, con una lluvia torrencial de otoño,
algunas de ellas volverían al interior de la montaña.

Un día, sin saber por qué, toda la actividad se detuvo y oyeron una música celestial.

De repente, se hizo el silencio y una luz tenue irradió el lugar como el amanecer, haciéndose cada vez más clara y luminosa.

Llegó un momento en que las rocas, normalmente oscuras, se volvieron transparentes como el cristal.

Un enorme sol iluminaba las profundidades de la montaña: era el solsticio de invierno.

Durante aquella larga noche, el sol se escondía dentro de la montaña.

En aquel instante, el espíritu de la tierra se hacía visible.

Todos los gnomos se quedaron en silencio, pensativos.

El solsticio de invierno es el 21 o 22 de diciembre, cuando empieza el invierno. Es la noche más larga del año.



El agua que se había formado con todas las gotitas juntas salía de la roca en forma de fuente, y se acumuló en un pequeño estanque donde se reflejaban el cielo y los árboles.

Saludaban a nuestras gotitas desde todos los sitios:

—¡Al fin estáis aquí! ¡Ahora podremos empezar a crecer! —dijeron las plantas.

—Decidme, ¿qué veis? —les preguntó el gnomo.

—¡Vemos pequeñas ondinas! —contestaron en coro—.
Están sentadas sobre la hierba y las hojas.

—¿Y qué hacen? —continuó preguntando el gnomo.

¡Y no os podéis imaginar qué vieron nuestras gotitas!



—Vemos volar unas flores doradas y otras de colorines.
¿Cómo puede ser, esto? —preguntaron al gnomo.

—Son las abejas y las mariposas —respondió él,
sacando la cabeza por la grieta de la fuente.

Luego, una ondina les dijo:

—Venid conmigo, queridas gotitas de agua. ¡Viajaremos por esta inmensidad!

—¿Qué veis? —gritó el gnomo mientras ellas se alejaban.

—¡Vemos un mundo inmenso! —le respondieron las gotas, todas a la vez.
Y empezaron a cantar.



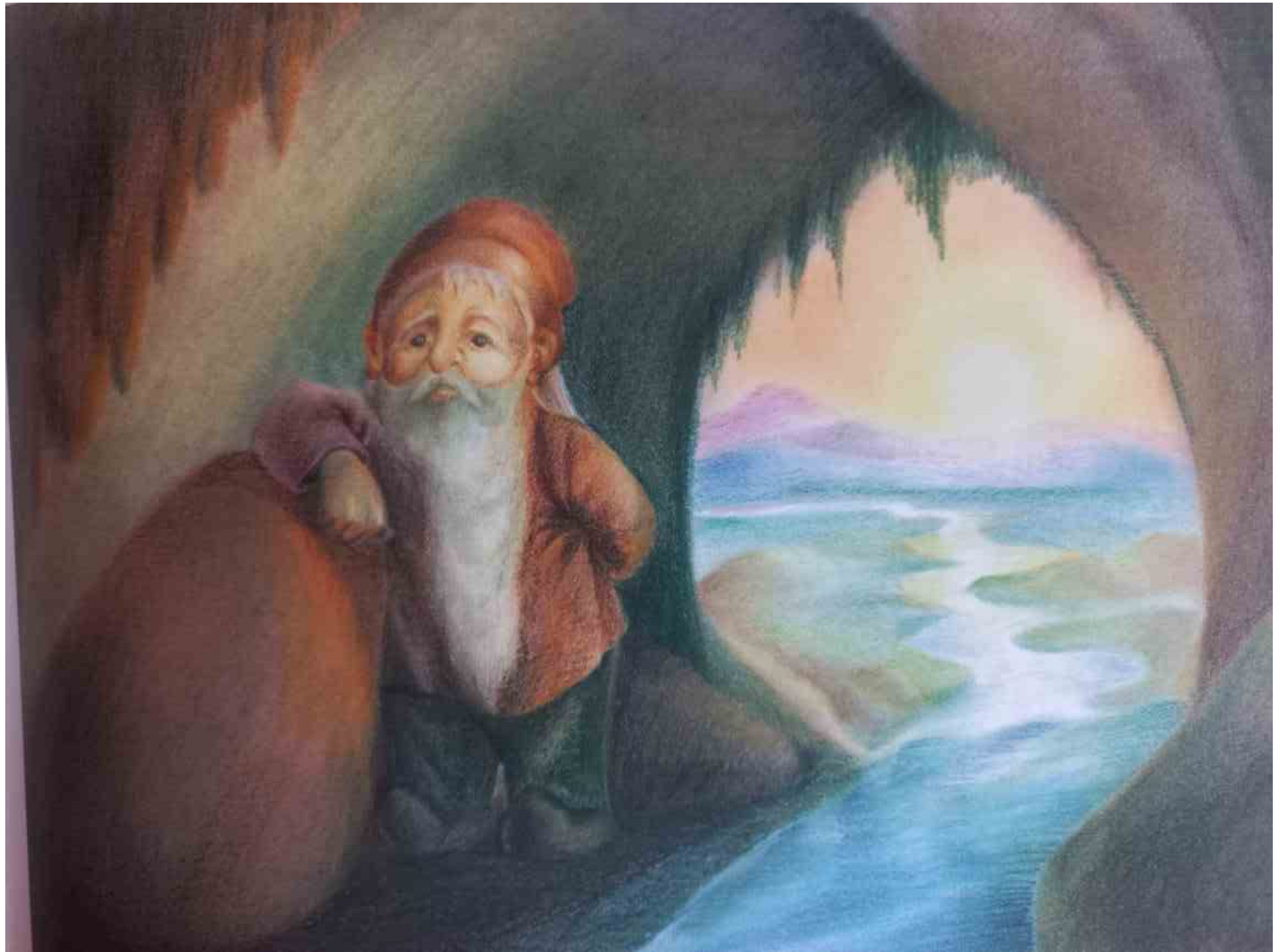


Cuando las gotitas ya habían salido y él estaba solo, murmuró:

—¡Nadie sabe esperar! ¡Los humanos no saben esperar!

¡Las gotas tampoco saben esperar!

Sólo nosotros hemos aprendido la larga, larga espera.



¡Las ondinas tejían! Recogían los hilos de las raíces
y los hilaban con los hilos dorados de la luz para formar las hojas verdes.

Un poco más arriba del tallo había unas sílfides
que cogían los tejidos de las ondinas y los pintaban de colores.
Algunas llevaban unas pequeñas tijeras de oro en la mano
y hacían dibujos en las hojas.

De las tijeras de oro se desprendían unas tiras casi transparentes.

—¡Son alas nuevas como las que perdimos!

Algunas de ellas se vestían con las alas y las agitaban suavemente.
¡Qué felicidad!





Y he aquí que, año tras año,
podríamos explicar esta historia.
Y siempre de manera diferente,
porque lo mejor de este cuento
es que es una narración sin fin.

